

# ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS

novedad al tema, sin que dejaran de surgir voces reclamando la desaparición de «una reliquia fascista» que constreñía las posibilidades de la Mostra —no competitiva desde entonces— a muy estrechos límites. El gran escándalo que supuso el nombramiento como director del demócrata-cristiano de derechas y crítico del diario neofascista «Il Tempo», Gian Luigi Rondi, obligó a éste a tomar una serie de medidas «aperturistas» (como la inserción en el programa de «The Devils», de Ken Russell, y, por primera vez en Occidente, de un

tado «lleno de aventuras y emboscadas», según el diputado liberal Premoli. El Senado redactó un texto el 22 de noviembre del año pasado, que se caracterizaba por su conservadurismo, disminuido tras las reformas que —con gran lentitud— efectuó la Cámara. Una vez que el proyecto regresó preceptivamente al Senado, éste lo aprobó por mayoría hace ahora un mes, votando a favor los partidos gubernamentales de centro-izquierda (incluido el liberal) y absteniéndose los comunistas y los independientes de izquierda —que se habían

organizar manifestaciones internacionales relativas a la documentación, conocimiento, crítica, búsqueda y experimentación en el campo de las artes». Como subraya Rosario Manfellotto en el «Corriere della Sera», «han caído las tradicionales delimitaciones en beneficio de la ambigua expresión de que todo transcurre "en el campo de las artes"». Lo que ha asustado a los senadores derechistas, quienes por boca del democristiano Limoni, han afirmado que de esta manera «se deja espacio no sólo al elogiado libre ejercicio de la fantasía creadora, sino también a cualquier arbitrio y capricho», asegurando que votaban a favor para no retrasar más tiempo la salida de un Estatuto tantas veces demorado, y no porque el texto les conveniera en absoluto. Por otra parte, señalemos entre el articulado la adopción de un sistema que parece más democrático a la hora de elegir quiénes han de ser los dirigentes de las diversas manifestaciones, con lo que casos como el de Rondi no se cree fácil vuelvan a repetirse. De confirmarse esta impresión, ello significaría un éxito del trabajo de oposición realizado durante dos años.

Así las cosas y para cubrir la primera quincena de septiembre que tenía asignada, la Mostra cinematográfica se limitará este año a una retrospectiva de los films más destacados que han cubierto su programa a lo largo de treinta y tres ediciones, y a desarrollar diversos cursos de historia, estética y crítica, con lo que, insistimos, abdica en 1973 de su condición de festival.

Por el contrario, si se desarrollarán las Giornate del Cinema Italiano (nombre real de la «contra-Mostra» del pasado año), esta vez con carácter abiertamente internacional —sesenta películas de doce países, socialistas en su mayoría—, la misma estructura democrática de

la primera edición y un programa que comprende diez días, desde el inminente 29 de agosto al 7 de septiembre, con proyecciones tanto en Venecia ciudad como en los núcleos obreros de Mestre y Marghera.

Actuando como portavoces de la AACI (Asociación de Autores Cinematográficos Italianos) y de la ANAC (Asociación Nacional de Autores Cinematográficos) —organizadoras de las Giornate, que se sitúan bajo el lema de «la libertad de comunicación y la reorganización de las estructuras cinematográficas»—, los realizadores Mario Monicelli y Giuliano Montaldo han dejado bien clara la postura sindical ante la aprobación del Estatuto, que podría suponer una inteligente cortina de humo, y el futuro del «contrafestival»: «Si nos damos cuenta el año próximo —han dicho— de que la voluntad política de la nueva Mostra de Venecia sigue siendo negativa, no vacilaremos en continuar nuestra obra en un marco democrático y cultural». Difíciles de engañar resultan unos hombres que han comprendido que su trabajo es político precisamente porque es cinematográfico. ■ FERNANDO LARA.

## El reposo del cineasta

En unas semanas, vamos a tener en Madrid la posibilidad de ver los tres últimos films realizados por Truffaut: «Las dos inglesas y el amor», «Una chica tan decente como yo» y «La noche americana», que se estrenará a primeros de septiembre. Es de los pocos cineastas actuales de los que conocemos en España casi la filmografía completa —salvo «Tirez sur le pianiste»—, aunque sus obras nos hayan llegado con cierto desorden y en varias ocasiones notablemente mutiladas. A sus cuarenta y un años y con trece largometrajes en su ha-

ber, François Truffaut anunció en el último Cannes su propósito de retirarse durante los dos próximos años, a fin de reflexionar sobre cuanto ha hecho hasta ahora e intentar en el futuro nuevos caminos. Aunque nunca hay que creer demasiado en este tipo de promesas —él mismo había dicho otro tanto tras «Domicilio conyugal»—, sí hay que estar de acuerdo con el ex «enfant terrible» de la crítica francesa en la conveniencia de este alejamiento, dado el notable descenso de calidad que suponen sus dos películas más recientes. Sobre todo, «La nuit américaine», irritante monumento que Truffaut se ha construido a sí mismo para entusiasmo de cinefilos y beneplácito de los críticos conformistas.

En este sentido, al menos en «Una chica tan decente como yo» («Une belle fille comme moi», 1972), no existe desequilibrio entre pretensiones y resultados. A pesar de que él diga haber intentado nada menos que «acabar con el romanticismo, burlándose del amor romántico a través de la afirmación de la realidad brutal, de la lucha por la vida», pienso que —más allá de declaraciones periodísticas— en el interior del propio Truffaut aparecía este su penúltimo largometraje como una obra menor, un «relax» quizá necesario tras la abierta amargura de «Les deux anglaises et le Continent». Igual que Pasolini, ha buscado la eva-

sión de «Decamerones», «Canterburys» y «Mil y Una Noches», tras el camino ya sin salida de «Porcile» y «Medea», o Bergman necesita rodar de tiempo en tiempo una comedia que le evada temporalmente de sus fantasmas particulares, Truffaut precisaba escaparse de las duras historias de fracasos que componen, título tras título, su filmografía. Aunque, como sucede también en los otros autores citados (en Pasolini empiezo a dudar, dado el bajísimo nivel de su «Canterbury Tales»), se trata en realidad de una falsa escapatoria, pues la visión del mundo del cineasta subyace bajo la capa amable, desprecupada, que ha extendido con todo cuidado, como si de un barniz incapaz de soportar los embates de la lluvia se tratara. Así, la diversión hasta enloquecida que intenta comunicar «Una chica tan decente como yo», se transforma en los diez últimos minutos en su reverso, en la historia de un complot, de una explotación, ante la que el protagonista se siente impotente. La mentira acaba triunfando sobre la ingenuidad, la ficción engendra injusticia, contra la que nada se puede hacer. No es precisamente de un «happy end», al estilo de la más convencional comedia americana, de lo que aquí podemos hablar.

No es casual la mención de este género, porque si algo intenta ser «Une belle fille comme moi» (cortada, como



La «contestación» de 1968 significó el comienzo de una crisis para la «Mostra» de Venecia, que ha culminado este año al no celebrarse el Festival por haberse aprobado demasiado tarde el nuevo Estatuto.

film de la República Popular China), entre las que se encontraban unos leves y nada sustanciales retoques al Estatuto, que continuó vigente en 1972, a pesar de todas las promesas oficiales. El «contrafestival» organizado el pasado año por los sectores profesionales más vivos del cine italiano, en abierta oposición al nombramiento de Rondi y a la estructura general de la Mostra (véase TRIUNFO, números 519 y 520), situaba a su director en una posición muy delicada cara a la actual edición. Es entonces cuando, uniéndose a sus compañeros de otras manifestaciones, exigió la aprobación de un nuevo Estatuto.

Cuyo camino hasta lograr la luz verde ha es-

manifestado en contra de la primitiva redacción del Senado—, mientras los «misinos» neofascistas se oponían vivamente. Uno de ellos, Plebe, llegó a decir que con tal aprobación «se deja en manos de socialistas y comunistas no sólo la Bienal de Venecia, sino la misma libertad del arte italiano». Opinión difícil de entender, cuando es precisamente una mayor libertad lo que se ha buscado. Y teóricamente logrado, ya que el artículo primero del nuevo Estatuto determina que «la Bienal es un instituto de cultura democráticamente organizado, y tiene la misión de, asegurando completa libertad de ideas y formas expresivas, promover actividades permanentes y

«Una chica tan decente como yo» («Une belle fille comme moi», 1972), de François Truffaut.



# ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS

siempre, entre nosotros, aunque mejor doblada esta vez), es una película genérica, en el sentido de que está realizada «a la manera de» diversos géneros cinematográficos tradicionales. Desde la comedia populista-naturalista francesa a la investigación sobre un personaje y misoginia de la «serie negra», pasando por relatos carcelarios tipo «El astrágalo» y el film de actriz (Bernadette Lafont en este caso, que Truffaut encuentra quince años después de haberla descubierto en su primer «corto», «Les mistons»), vamos viendo en un espejo, abiertamente deforme, toda una serie de típicas formas de narrativa cinematográfica, hasta el punto de que el propio realizador se parodia a sí mismo utilizando una estructura similar a la de «La novia vestida de negro». Este dominio humorístico de alguien que siempre había tenido problemas para narrar, «gags» como el del disco de carreras de coches, y la recreación de una cierta mitología popular, son las bazas positivas de un film menor, en el que —por otra parte— da rabia que un cineasta de las posibilidades de Truffaut pierda su tiempo. ■ F. L.

## ARTE

*Este verano lo he dudado mucho antes de empezar aquel suceso temático que me ocupó hace dos años, y que yo titulé "Volver sobre España". A punto ya de finalizar mis vacaciones, voy, sin embargo, a enviar desde mi retiro alguna crónica que recuerde temáticamente a aquella sección. ¿Por qué esa repugnancia mía a volver sobre aquellos temas? Uno ve fantasmas por todas partes, seguramente. Tenía miedo —y lo sigo teniendo, lo confieso— a convertirme en un instrumento indirecto de la turistización de España. Pero, eso sí, me gustaría que los españoles conociesen su país y sus pueblos. Pues hace dos o tres días tuve que salir de mi retiro algo silvestre para hacer alguna compra en el más cercano pueblo grande —Quintanar de la Sierra—, que es un poco la capitalidad de esta comarca serrana. Allí, la casualidad me deparó el conocimiento de dos hombres que me informaron de una asociación recién fundada, de la que me hice socio inmediatamente.*

### Los Amigos de la Alta Sierra, de Quintanar

Por lo que pude entender en mi breve diálogo con esos dos hombres, la asociación va a tener una doble pretensión, un doble objetivo: de una parte, estar atenta vigilantemente, promover y defender aquellos valores con que ya cuenta la comarca, o los que se van desvelando día a día: su arte y arqueología, el paisaje, sus tradiciones y su folklore... De otra, abrir todos los cauces posibles a los naturales del país para que se produzca una fructífera impregna-



La Laguna Negra, de Neila.

ción de todos los bienes culturales de nuestro tiempo. Me figuro que más de un lector esbozará una leve sonrisa de suficiencia ciudadana por lo que parece una acción ingenua de culturalismo localista. Yo no me río. Pienso que en esos actos de patriotismo local se encierran muchas de las acciones del mejor patriotismo (¿os acordáis de las Reales Sociedades de Amigos del País?). En todo caso, pienso que esas acciones contribuyen mucho más al esclarecimiento y la limpieza de nuestros pueblos, que esas funestas acciones equívocas que ahora se estilan, llamadas, por ejemplo, Concursos Provinciales de Embellecimiento de Pueblos, las cuales, lo que consiguen es ponerle a nuestros pueblos un cúmulo de puñetitas y porquerías llenas de mal gusto.

Yo no me río de estas asociaciones de vigilancia —porque eso son, en definitiva—, porque estoy muy acostumbrado, en mis correrías por este país, a ver cómo muchas barbaridades han sido salvadas en última instancia por instituciones de este tipo, o por los nunca bien ponderados eruditos locales, benéficos aguafiestas muchas veces de la furia constructiva-destructiva de muchos alcaldes con exceso de diligencia. Yo no me río, digo, y por eso, como

vecino temporal de estos parajes, ya he pedido mi ingreso en la asociación.

Afortunadamente, aquí es mucho lo que hay que defender. No es que haya peligros inminentes, pero... por ejemplo, la cultura piscinaria, que se ha desarrollado mucho por estos parajes en los tres últimos años, no es mala en sí misma, pero los encargados de las piscinas, altavoz y tocadiscos en ristre, amenazan con acabar con la paz idílica de estos campos. Eso de la cultura piscinaria con escandalaria debe ser una derivación lógica del mesianismo turistizante que está llegando a todos los rincones de nuestro país: ahora todo lo va a resolver el turismo.

Efectivamente, aquí hay mucho que defender. Por ejemplo, sobre Quintanar, en la cumbre misma del monte que lo domina, se encuentra la bellísima Laguna Negra, de Neila. No conviene confundirla con la otra Laguna Negra, la que inmortalizó Machado en «La tierra de Alvarogonzález», la cual también está por aquí cerca, a 17 kilómetros, ya pasando la línea fronteriza con Soría, en Vinuesa.

La Laguna Negra de aquí, la de Neila, también tiene su trágica leyenda, como la que Machado difundió a la otra. Esta leyenda es mucho

más arcaica: aquí —dicen— se hundió para siempre la siniestra doña Lambra, la dama culpable de la tragedia de «Los Siete Infantes de Lara». Y es que todos estos lugares están ligados a la Castilla condal de hace mil años: la Castilla de Fernán González, la de los Siete Infantes y aun la del Cid. A ese tiempo fundacional corresponde, según parece, todo el caudal arqueológico que ahora se descubre por aquí en enterramientos y eremitorios. Luego, el tiempo del primer románico desparramó por aquí una serie de bellísimas iglesias rurales, que los Amigos de la Alta Sierra harán bien en vigilar prudentemente: la misma de Neila, la de Vizcaínos, la de Jaramillo de la Fuente y otras muchas. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

## TEATRO

### De Avignon a Manizales

Camino de Manizales, me detuve en el Festival de Avignon. Comparo el clima de los dos festivales y las diferencias son enormes, como si

las ciudades francesa y colombiana se convirtieran en la representación de dos mundos.

Terrazas de Avignon repletas de turistas; gente joven vestida con esa pobreza cara, hija de la rebelión confortable contra la pulcritud pequeño burguesa; periódicas y divertidas paradas de los grupos, que intentan llamar la atención sobre su espectáculo; carteles que anuncian el teatro —«Drácula», «Fin de partida», «Las cariñosas»...— de una sociedad detenida. En algunas mesas de las terrazas, conocidos críticos se aburren y lamentan la situación del teatro francés, íntimamente ligada a la profunda crisis del país. Al actual ministro de la Cultura se le ataca sin piedad, y a nadie extraña que nuestra furgoneta —la furgoneta de «La Cuadra», con cuyo grupo crucé toda Francia— fuera detenida a media noche por dos policías con metralleta en un acto, según nos dijeron, después de comprobar la documentación de cada uno e iluminar insistientemente con sus linternas cada rostro, de control rutinario.

El mismo contrafestival de Avignon parece alimentado por viejos argumentos, convertido ya en el hijo legitimado del 68. Sólo el recuerdo de la reciente marcha del «joven teatro», como protesta contra unas declaraciones del ministro —en las que venía a supeditarse la concesión de subvenciones a la sumisión a la línea gubernamental—, ponía un poco de luz en el pesimismo general. Bien entendido que nadie se hacía muchas ilusiones sobre la fuerza política de los manifestantes.

Frente a este cansancio, a esa desconfianza en la acción... ¡qué distinto el clima político de Manizales! Aquí pasa exactamente lo contrario. La tónica dominante es la pasión, la confianza ilimitada en la acción revolucionaria, la vitalidad. A los doce grupos invitados por la organización se han su-

### VARGAS LLOSA, PERUANO

En el reportaje titulado «Ruy Guerra and Vargas Llosa», publicado en el número anterior de TRIUNFO, se decía en el sumario de la página 29 que «un director cinematográfico brasileño que nació en Mozambique prepara con un escritor cubano una película que se rodará en Brasil con capital norteamericano». Entre tantos lugares y nacionalidades se deslizo un lapsus: el escritor Mario Vargas Llosa no es cubano, sino peruano, como es bien sabido por los lectores de cualquiera de sus excelentes novelas.